

# ANAQUEL

## EL DOCTOR JULIO JIMÉNEZ RUEDA EN SU OBRA LITERARIA

Por Francisco MONTERDE

CON EL RECIENTE fallecimiento del doctor Julio Jiménez Rueda, la Universidad Nacional Autónoma de México pierde a uno de sus más distinguidos maestros. Profesor Emérito de la Universidad, había impartido enseñanzas en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Filosofía y Letras, de la que fue Director y era, al morir, decano.

Quienes debían hacerlo, hablaron ante la tumba de Jiménez Rueda, sobre la meritoria labor del catedrático y del académico, individuo de número y correspondiente de varias instituciones que, dentro de la Universidad, fue también Director de la Escuela de Verano y fundador del Centro de Estudios Literarios que guió hasta su muerte.

Aquí va a recordarse, de preferencia, la obra del literato que frecuentemente colaboró en los esfuerzos de difusión de la cultura emprendidos por la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de las publicaciones hechas por el servicio editorial de la misma.

### I

Nacido en la ciudad de México en 1896, Julio Jiménez Rueda hizo sus estudios universitarios entre 1909 y 1919, al cursar el bachillerato y después leyes, para obtener el título de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

No sólo por la fecha en que principió esos estudios, quedó Jiménez Rueda situado en lugar próximo a aquel en que se hallaba el grupo integrante del Ateneo de la Juventud, en el cual ejerció su influjo el crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña.

Como otros escritores de aquella generación que asistió al renacimiento de la Universidad, con el benéfico impulso recibido del maestro Justo Sierra, mostró pronto Jiménez Rueda su interés por las humanidades.

Desde sus días de estudiante en la Escuela Nacional Preparatoria, donde iba a enseñar literatura y español después, según se ha dicho, tuvo el futuro escritor la fortuna de contar entre sus profesores a los gramáticos Manuel G. Revilla y Salvador Cordero y a los poetas y prosistas Luis G. Urbina y Juan B. Delgado.

A unos y otros debió sin duda, en gran parte, su devoción hacia los maestros de la lengua española, que le condujo a leer detenidamente las obras de los clásicos de los siglos de oro y, en general, de la literatura castellana.

Al destacarse entre sus condiscípulos, cuando no había concluido aún el bachillerato, dirige desde 1913 la revista *El Estudiante*, que logró prestigio por sus colaboraciones. En ella iba a revelarse, también, el futuro nahuatlato Ángel María Garibay K.

### II

Por las razones ya indicadas, al definirse el escritor Julio Jiménez Rueda, prefirió hacerlo como prosista, en el órgano del positivismo que dirigía el ingeniero Agustín Aragón, y en otras publicaciones periódicas.

A pesar de que estuvo, más tarde, vinculado con los escritores a quienes agrupó la revista *Contemporáneos*, entre los que predominaban los poetas, Jiménez Rueda solamente como crítico se interesó por la lírica, desde entonces.

Los caminos que iba a recorrer en la prosa, le conducirían del relato corto —narración, cuento— al amplio: novela, biografía; del diálogo breve al extenso; del artículo al ensayo de crítica, en los campos de la literatura y de la historia.

Coincidente con algunos otros de los escritores cuya formación había principiado casi al mismo tiempo que la Revolución mexicana, por los motivos apuntados antes Jiménez Rueda prefirió evadirse en al zona de la fantasía, desde sus primeros escritos, de la actualidad obsesionante.

El narrador arranca, desde 1915, de un relato breve cuyo protagonista es Martín Espelunca; continúa en 1917, con otro, *Del rancio solar*, y ofrece después, juntos, los que ha producido hasta ese año, en el libro inicial: *Cuentos y diálogos*, que es de 1918.

Al relato de mayor aliento llega, después de cinco años de pausa, al ubicarse como virreinalista, en 1923, con *Sor Adoración del Divino Verbo* —que pasará, en seguida, del libro al escenario— y al año siguiente, con *Moisés* (1924). Ensayó en 1935 la novela humorística, de diplomáticos, en *La desventura del conde Kadski*, para tornar al virreinalismo, en 1947, con el conjunto de sus *Novelas coloniales*.

### III

Casi al mismo tiempo que el narrador se dio a conocer el dramaturgo. En 1918 se estrenan sus primeras obras dramáticas: *Como en la vida* y *Balada de Navidad*, que no llegó a publicarse, por haber desaparecido el único ejemplar que de ella tenía. La primera había sido premiada, en un certamen al cual convocó el Departamento Universitario y de Bellas Artes, y fue vertida al portugués por Alfredo Varzea.

A esas obras siguieron, en 1923, la comedia dramática *Lo que ella no pudo prever* —que tradujo al inglés Gino V. M. de Solenni, profesor de la Universidad de Washington—; *La caída de las flores*, drama con el que se inaugura la temporada municipal, que él mismo había impulsado, en la cual también se estrena *Sor Adoración*, y *Tempestad sobre*

*las cumbres*, drama que se publica aquel año.

En 1925 se estrena la farsa *Cándido Cordero, empleado público*, y dos años después, otra farsa: *La silueta de humo*, con la que culmina el autor dramático. Sus últimas obras de teatro serán: *Toque de diana* (1928), *Miramar*, drama histórico estrenado en 1932, y *El rival de su mujer*, drama, publicado con el anterior, en 1943.

### IV

Había surgido el ensayista, por aquellos mismos años, con las impresiones de viaje por Suramérica: *Bajo la Cruz del Sur* (1922). El crítico e historiador de nuestra literatura, después de escribir un breve resumen de ella, dio en 1918 la *Historia de la literatura mexicana*, reimpressa varias veces, y su complemento: *Antología de la prosa en México*, ya también reimpressa.

Siguieron a ambos libros: *Lope de Vega*, ensayo de interpretación (1936), *Juan Ruiz de Alarcón*, conferencia (1934), *Juan Ruiz de Alarcón y su tiempo* —rectificadora de Fernández Guerra y Orbe— (1939), *Santa Teresa y Sor Juana, un paralelo imposible* (1943), *Letras mexicanas en el siglo XIX* (1944), *Una biblioteca del siglo XVII* (1947), *Sor Juana Inés de la Cruz en su época* (1951), *El humanismo, el barroco y la Contrarreforma en el México virreinal* (1951) y *Estampas del siglo de oro* (1958).

A esos estudios deben unirse los prólogos que escribió para los tomos dedicados a las obras de Francisco Cervantes de Salazar, Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, José María Roa Bárcena, Joaquín García Icazbalceta, Francisco Javier Clavijero, Bernardo María de Calzada y José Mariano Acosta Enríquez, en la Biblioteca del Estudiante Universitario.

El biógrafo e historiador vio estimuladas su aficiones durante los años que estuvo al frente del Archivo General de la Nación, en los que dirigió, al mismo tiempo, el boletín órgano de aquel Archivo.

Para que se incluyese en una serie de biografías noveladas, escribió la de *Don Pedro Moya de Contreras, primer inquisidor de México*, publicada en 1944. A ese libro siguió su obra más importante en el género: *Herejías y supersticiones en la Nueva España* (1946), a la que sucedió el título —evocador de otros de Walter Pater, Francisco A. de Icaza y Alfonso Reyes— *Vidas reales que parecen imaginarias* (1947).

A la conmemoración centenaria de la Universidad, contribuyó con dos tomos: *Las constituciones de la Real y Pontificia Universidad* (1951), e *Historia jurídica de la Universidad de México* (1955), en los cuales probó su capacidad de historiador y juriconsulto.

Publicados los dos primeros tomos de su *Historia de la cultura mexicana* entre 1950 y 1958, en los días que precedieron a su muerte preparaba el último, a la vez que se dedicaba a reunir sus recuerdos en un libro de memorias. Quedan sin recopilar sus artículos y reseñas que aparecieron en la *Revista Iberoamericana*, de la cual fue Director literario, y en otras publicaciones.